

EL VALOR DE LOS RANKINGS DE INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

Cada año, especialmente durante el último trimestre, se publican distintos *rankings* de universidades. Constituye una respuesta a una necesidad de información que se presenta en un mercado muy complejo. Quienes aspiran a ingresar a la universidad experimentan incertidumbre ante la cantidad y variedad de las ofertas. A los extranjeros, por ejemplo, no deja de sorprenderles ver publicidad de universidades en los espacios de mayor audiencia en la televisión, y algo similar ocurre tanto en la prensa escrita como en la radio y en la propaganda en las calles. Conviene detenerse un momento, entonces, en las dificultades que enfrenta la elaboración de un *ranking* y aportar algunas ideas destinadas a perfeccionar este importante instrumento.

La complejidad de la tarea

Confeccionar un *ranking* implica, primero, ponderar una gran cantidad de variables y utilizar una información no necesariamente confiable. El Ministerio de Educación de Chile edita anualmente un índice con los datos que entregan las propias universidades, pero, por el momento, ha sido imposible establecer mecanismos de control que eviten errores u omisiones que, aunque involuntarios, afectan la libertad de las personas para tomar decisiones informadas. Además, ¿cómo medir esas diversas variables? Si se pregunta por la infraestructura, las universidades responden informando sobre metros construidos; se trata de un dato objetivo y muy fácil de transmitir. En países más desarrollados esta información es suficiente, porque hay criterios mínimos de calidad; pero en Chile nos encontramos con construcciones de material ligero junto a otras muy sólidas, como las que han podido ejecutar las universidades tradicionales gracias a los fondos Mecesus¹. Esta diferencia debería poder apreciarse, porque

1 Programa de Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación Superior.

influye en la calidad de la educación. Esto no significa que no se pueda impartir una docencia de calidad en un aula hecha de material ligero y provisorio, pero también es conveniente que el alumno lo sepa en el momento de tomar decisiones.

Otro dato que parece relevante –aunque no decisivo– es el de las áreas verdes que pueden disfrutar los estudiantes. La persona que estudia en una universidad no se satisface sólo con obtener un número apreciable de conocimientos; su experiencia de aprendizaje se enriquece si existe un contexto apropiado, que va desde el poder gozar de actividades culturales o deportivas hasta el recrear la vista y distender el espíritu gracias a la contemplación de la naturaleza. Prescindir de estos factores podría indicar que quien elabora el respectivo *ranking* tiene una visión un tanto unidimensional del ser humano, olvidando que en el proceso educativo está siempre involucrada una persona.

En otro ámbito, al momento de juzgar la calidad de una biblioteca se puede valorar que haya muchos ejemplares de los manuales que se utilizan en clases o, por el contrario, la variedad de los títulos disponibles, lo que indica que esa biblioteca está orientada, por ejemplo, a la investigación más que a la docencia. Se trata de dos perspectivas legítimas, pero con consecuencias muy diversas que apuntan al modelo de universidad que tiene en mente el especialista que elabora un *ranking*. Cuando se pregunta por la investigación la respuesta suele ser muy simple: basta atender al número de publicaciones incluidas en revistas catalogadas en el ISI (*Institute for Scientific Information*). Éste es un parámetro objetivo, pero tiene un defecto fundamental: excluir buena parte de las Humanidades que, de ordinario, no resultan consideradas en ese índice. En Chile algunos estudiosos han realizado contribuciones muy relevantes en este campo, las que, sin embargo, no son atendidas. Si la Historia, la Filosofía o el Derecho Penal no existieran para los efectos de elaborar un *ranking* de calidad, las consecuencias serían graves, especialmente en un país cuyos únicos premios Nobel pertenecen al campo de las Humanidades.

Los *rankings* también informan sobre el prestigio de las universidades, aunque debiéramos definir previamente qué se entiende por prestigio. Por lo general, este factor se determina desde encuestas que se hacen a un número significativo de personas relevantes en la vida nacional. Por cierto, la forma de determinar este universo es decisiva, como también el número de académicos que se incluyan en esa consulta, pues, en general, las personas de un área están mejor informadas acerca de la calidad de una determinada carrera. Es curioso que en los *rankings* de prestigio por carrera figuren relativamente bien conceptuadas los nombres de algunas asociadas a universidades que no las imparten. Alguien podría señalar que precisamente eso es una muestra del prestigio de una institución, pues el público le atribuye calidad incluso en las carreras que no tiene, pero también nos evidencia que es un criterio muy vago y que en ningún caso debería ser, como a veces sucede, el parámetro fundamental para clasificar a las casas de estudio.

Un instrumento que modifica la realidad estudiada

Los criterios para el *ranking* podrían multiplicarse. Es preciso tener cautela, sin embargo, porque la realización de *rankings* no es neutra desde el punto de vista de la política universitaria, ya que, al menos de modo indirecto, incentiva cambios en las universidades. No hace falta ser muy astuto para descubrir que según sean los factores relevantes en las encuestas, así será la evolución que experimente el medio universitario en el futuro. A nadie le gusta quedar mal ubicado en un *ranking*, especialmente cuando eso puede significar que se recibirán alumnos de peor calidad, lo que compromete inevitablemente el desarrollo del propio proyecto universitario. De modo explicable se desatenderán aquellos factores que no redunden en resultados que impacten al mercado. Esto puede ser muy peligroso. Tan malo es diseñar políticas públicas en razón de las encuestas como definir criterios universitarios en función de los *rankings*.

Otro efecto no deseado de los *rankings* consiste en la sutil presión que pueden hacer en una dirección uniformadora de los

proyectos educativos, haciendo perder el importante valor de la diversidad. Uno de los desafíos que tiene Chile es el de constituirse en un polo de atracción para estudiantes de todo el continente. Esta tarea es importante desde muchos puntos de vista, comenzando por el de la solidaridad, que lleva a compartir los frutos del progreso que el país vaya logrando. Pero también esta movilidad estudiantil tiene consecuencias políticas y económicas no despreciables. El conocimiento de las personas y la creación de vínculos de amistad son un poderoso incentivo para la causa de la paz en la región. Y otro tanto cabe decir de las consecuencias económicas de mediano y largo plazo. Son muchos los países que han descubierto los beneficios económicos que derivan de los lazos de confianza originados durante el periodo de formación universitaria. Pero, con todo lo importante que resulta esta meta de atraer muchos y buenos estudiantes de toda Latinoamérica, ella descansa en que la oferta educativa nacional sea todo lo diversa posible. Es necesario reconocer que las personas tienen legítimas preferencias que son muy variadas, de modo que un sistema uniforme no será capaz de hacer frente a esas diferentes expectativas. Así como resulta útil calificar a las universidades para informar adecuadamente, es también necesario reflexionar sobre la calidad de los *rankings*.

Algunas propuestas

El análisis del valor y límites de estos instrumentos de medición de calidad lleva necesariamente a formular algunas propuestas que induzcan a un perfeccionamiento de los mismos.

En primer lugar, se requiere aprovechar la experiencia extranjera. En diversos países se ha avanzado mucho en la materia. Sin embargo, no se trata sólo de tomar inspiración en las metodologías, sino también de ser conscientes de la magnitud del trabajo que significa elaborar un *ranking* de universidades. En este sentido, cabe preguntarse si, desde un principio, los intentos en el medio latinoamericano han estado provistos del soporte técnico y profesional para alcanzar un mínimo de confiabilidad. De no ser así, habría que tomar de inmediato medidas

para corregir las deficiencias, ya que un *ranking* mal hecho produce inevitablemente distorsiones en su resultado, que pueden dar lugar a injusticias que no por ser involuntarias dejan de ser tales.

En esta misma línea, parece razonable, especialmente en la etapa de consolidación, dar prioridad a los factores indubitados más que a otros, como el prestigio, que resultan de muy difícil cuantificación y que requerirían de metodologías particularmente sofisticadas, las cuales difícilmente se puedan emplear en nuestro medio, atendidos sus costos.

Entre los criterios más relevantes están los que se refieren a la percepción que tiene la sociedad. Uno de los indicadores que permiten determinarla es la tasa de ocupación de los egresados en el mercado laboral y sus niveles de ingresos. Otro se refiere a la calidad de los alumnos que ingresan a la respectiva universidad. En el caso chileno, medir el nivel de los estudiantes que eligen una determinada casa de estudios es relativamente sencillo: basta indagar sobre el Aporte Fiscal Indirecto que realiza el Estado, atendiendo a los resultados obtenidos en las pruebas de ingreso a la universidad. El elemento decisivo, sin embargo, no es cuánto dinero recibe una universidad por ese medio, sino, más bien, qué porcentaje de sus alumnos han sido acreedores de ese beneficio. En efecto, puede suceder que un determinado establecimiento tenga un ingreso muy numeroso cada año y, por esta causa, el monto recibido por esta vía sea superior en términos absolutos que otra que tiene menos alumnos en primer año pero que es más selectiva.

Si bien cabe mantener el prestigio como uno de los posibles indicadores para establecer categorías de universidades, este factor debería combinarse con información acerca de cuáles son las universidades que tienen más futuro. También se trata de un índice subjetivo e impreciso, pero tiene la ventaja de combinar el dato del prestigio, que está excesivamente orientado al pasado. No hay que olvidar, aunque resulte una obviedad, que es en el futuro y no en el pasado cuando ejercitará su profesión quien hoy busca ingresar

a la universidad. Por otro lado, si la atención al futuro es relevante, también podría consultarse el número de contrataciones de profesores con jornada que se realiza cada año y la cantidad de académicos que realizan posgrados. Ambos datos son muy importantes para indicar la proyección de una institución de educación superior.

También es importante valorar la diversidad de disciplinas que se ofrecen en un determinado centro académico. En este sentido, las universidades más antiguas tienen una apreciable ventaja, que debe ser reconocida. No es lo mismo estudiar en una que tiene cinco o seis carreras que en otra que cuenta con Estudios Clásicos, Filosofía, Antropología y Medicina en su currículo. Entre otros méritos, ésta tiene el de facilitar una mayor riqueza para el alumno, que puede elegir ramos optativos en áreas distintas de la propia.

Las bibliotecas son, qué duda cabe, el alma de una universidad y deben ser reconocidas como tales por los *rankings*. Éstos deben reconocer su tamaño, las facilidades que entregan a sus usuarios y la variedad de títulos de que disponen; también, que sus catálogos sean accesibles “en línea” y que dispongan de abundantes suscripciones a revistas científicas de calidad, ya sea en papel o en soporte informático, pues, aunque en Internet hay numerosas revistas disponibles, su número no es suficiente para respaldar una investigación de calidad.

Si se trata de medir la investigación, es urgente reconocer a las disciplinas humanísticas el papel que les corresponde. Es una mala señal que, por ahorrarse trabajo y buscar una aparente objetividad, quienes elaboran los *rankings* se concentren exclusivamente en las revistas ISI, dejando de lado importantes contribuciones en la Filosofía, la Historia o la Literatura, disciplinas que, precisamente, son las más formativas de la persona. Dejarlas de lado significa lanzar una señal muy equívoca acerca del modelo de universidad que se está buscando y promoviendo. Si bien no se puede negar que resulta más difícil incorporar estas áreas, hay diversas formas de paliar estas dificultades y realizar una enumeración más ajustada a la realidad.

Estas ideas no pretenden reemplazar lo que ya se está haciendo, sino, simplemente, perfeccionarlo. Las propuestas podrían multiplicarse y deberá ser así en los próximos años, si queremos mejorar la calidad de estos instrumentos de medición. Sin embargo, la mejor metodología será inútil si no cuenta con información fidedigna. Hay todavía mucho que avanzar para tener criterios universales al momento de recoger la información; especialmente, contar con mecanismos de verificación que dificulten, por inadvertencia o precipitación, entregar información falsa o incompleta.

Será importante el paso del tiempo, que permitirá discernir entre los diversos instrumentos existentes, cuya calidad, obviamente, dista de ser homogénea. Dicho con otras palabras, hay que conseguir que, dentro de unos años, estemos en condiciones de saber perfectamente quién es quién en el mundo de los *rankings*, pues ni siquiera ellos pueden ser ajenos al proceso de mejoramiento de calidad que debe afectar a todo el sistema de educación.

Recibido: 29 de septiembre de 2006

Aceptado: 11 de octubre de 2006